

CARRERO SANTAMARÍA, Eduardo. *La catedral habitada. Historia viva de un espacio arquitectónico*. Bellaterra (Barcelona): Universitat Autònoma de Barcelona, 2019. 439 pp. con 85 figs. en b/n.

La monografía de Eduardo Carrero, reputado especialista con una dilatada trayectoria académica en el mundo de la arquitectura medieval, cuestiona algunos de los paradigmas que han afectado al horizonte catedralicio peninsular durante las últimas décadas, sobre todo el derivado de la acuñación de un tópico tan socorrido como el coro a la hispana. Se trata de un ensayo transversal que incardina geografías y va directamente al grano. Sin reparar en análisis territoriales parciales, ofrece un cuadro de pormenores litúrgicos estacionales, ceremoniales regios, usos funerarios arrinconados, bibliotecarios, musicales y pastorales. Está claro que no es igual abordar el estudio topográfico de los ámbitos monásticos o conventuales con sus cartillas multilingües, algunos milagrosamente necrosados, que iniciar el despiece en canal de las catedrales; auténticos cetáceos del patrimonio de mayor tonelaje y cuantía, que han sufrido mudas, depilaciones, restauraciones y visitas dramatizadas a base de bien.

El autor, que ya anticipó trabajos de referencia para las catedrales de Ávila, Barcelona, Burgos, Ciudad Rodrigo, Huesca, León, Lisboa, Lleida, Oviedo, Palma, Pamplona, Salamanca, Segorbe, la Seu d'Urgell, Toledo, Valencia, Zamora y las galaico-portuguesas en general, la transformación de mezquitas en catedrales, las consuetas catedralicias del oriente peninsular, los palacios episcopales, los coros, claustros, girolas, trasaltares, sacristías, torres y campanarios, librerías, alberguerías, limosnas y hospitales o los púlpitos de inflamada predicación bajomedieval cedidos a las *guest stars* mendicantes, ensaya ahora un texto general sobre unos templos imprescindibles a cuenta de sus implicaciones litúrgicas, sacramentales, festivas, doctrinales, cronométricas, publicitarias, asistenciales, urbanísticas, docentes, jurídicas y hasta metrológicas y comerciales.

En un meritorio esfuerzo por evitar localismos, abraza la esperanza de considerar las catedrales como organismos vivos e irrepitibles, carentes de cuitas espacio-funcionales comunes y en continuo cambio en paisaje y paisanaje (incluyendo servidores y beneficiados), del todo ajenas al Plan Nacional aprobado en 2012 para la gestión de portentos tan afectados por la contaminación ambiental, el turismo masificado, la musealización y los atlas de patologías a todo color. El trabajo de investigación, que parece interesar menos a titulares y administradores, suele ser mucho más huérfano y esforzado, y sobre este capítulo insoslayable, carga el meticuloso recorrido del profesor madrileño.

El autor esboza un itinerario por los libros de aniversarios, ordinarios y costumbres, analizando documentos particulares entreverados y examinando escenarios más que travestidos. Tampoco olvida repasar la influencia de canonjías y prebendas vitalicias, tramoyas, recorridos procesionales y horas canónicas. ¡Se nos escapan tantas cosas cuando olvidamos las penumbras anteriores a la era de la electrificación, las vaharadas de incienso y los cánticos celestiales que reverberaban bajo el efecto amplificador de las bóvedas! Y por ello, y para evitar que la arena se nos escape entre los dedos de los guantes pontificales, pasa revista a muchas de las enigmáticas estancias de nuestras catedrales, desde los tesoros, cámaras y archivos a los altares múltiples de abolengo medieval, donde las reliquias quedaban a buen recaudo en olor de feligrésías; desde las girolas, sacristías y vestuarios a los transeptos, monumentos y sepulturas privilegiadas, sin olvidar las topografías urbanas, las interconexiones periurbanas y los coros mutantes con sus estructuras de cierre: antecoros, leccionarios, órganos, trascoros, cantorías y plataformas.

Los coros fueron verdaderos puentes de mando catedralicios (o cuartos de banderas, según se mire) que acogían estalos de chantres, racioneros y dignidades, admitiendo ruindad de dobleros y pupilaje de absentistas. Toda una fauna acostumbrada a lidiar con chácharas, mofas y trágalas. Tentados quedamos a la hora de adivinar las chanzas entre canónigos, pegando la hebra o manteniendo trifulcas, embotados en roquetes y sobrepellices, vistiendo cuartos, excusándose con mucha prodigalidad, luciendo galgos, azores y armas bien afiladas o echando siestas de burros y carneros en el misericordioso quicio de la sillería.

Entre coros transitaron ministriles, subdiáconos, cantores y obispos, niños nada pardillos a quienes se permitieron decembrinas licencias, sobre todo por san Nicolás, autorizándoles sitiales de categoría, alarde de capa pluvial y sermones de sorna. Eran *saturnalia* concelebradas que merecían asueto de convite y *atrezo* de dramática mascarada, con escenografías volanderas, recitación de tropos y representación de misterios que no siempre agradaron a los mitrados hasta que fueron asumidas por los escolares de prima en cánones y teología. Raramente han sobrevivido indemnes los escenarios corales, y muchos púlpitos, facistoles, tornavoces, lienzos pendientes de pilares, tapices, alfombras, rejas y braseros terminaron por convertirse en botín de anticuario, ávido por sacar tajada al albur de las reprimendas contemporáneas rendidas ante la sobria desnudez de las canchas laicas.

Carrero insiste en estudiar la movilidad experimentada por los coros hispanos, que desde los presbiterios fueron desplazándose hacia los transeptos y naves mayores, incluyendo la asistencia de atriles y ambonos. Y hasta puede que la teoría hispana del coro en plena nave, determinando perspectivas abortadas y distorsionando espacios espaciales desde el siglo XVIII, no sea más que una entelequia y un particularismo erróneo que, por desgracia, provocó la destrucción de hasta una quincena de sillerías —comenzando muy tempranamente por el coro pétreo compostelano— y motivó el traslado de otras tantas. En semejante marasmo pudieron influir razones litúrgicas y pastorales, como que el coro en la cabecera impedía el disfrute del altar vestido y las consagraciones o la instalación de capillas-relicarios bajo los pavimentos.

Muy atractiva nos resulta la polifuncionalidad que caracteriza tantos espacios catedralicios y subraya el autor con un prudente “nada es lo que parece”. Un coro serviría como sala capitular al tiempo que acogía una linajuda orden de caballería (al Toisón de Oro en la catedral barcelonesa en tiempos del emperador Carlos sin ir más lejos); una capilla funeraria podía hacer las veces de aula de gramática y música y una sacristía utilizarse como lugar de enterramiento; una retrocapilla pudo ejercer como sacristía secundaria, vestuario, relicario de postín, recibidor del prelado o todas esas cosas a la vez mientras que un sólido transepto valdría igual para un roto que un descosido: alzar catafalcos de aúpa, exhibir despojos santos, elevar tarimas donde representar dramas litúrgicos, amedrentar con sermones, celebrar triduos pascales u organizar procesiones blandiendo cruces alzadas. Compartimos además otro de los pensamientos del autor en nuestra común admiración por la catedral de la *caput Castellae* que nos atrajo y cautivó desde niños más allá de la infructuosa carrera hacia el *Papamoscas*: “si nos agrada visitar una catedral de Burgos restaurada e iluminada como la podemos ver hoy, de igual forma debiéramos ser conscientes de que esta imagen es la de un espacio musealizado y, también, la de un fósil histórico”, privilegiando su interpretación estilística, singular “perorata diacrónica de la historia del arte en la que se basan los discursos museísticos de la mayoría de nuestros edificios; mientras tanto, la explicación del espacio queda en un vacío bastante desconcertante. Y cuando se hace, es desde el aquí y el ahora” (p. 405).

Que no sea libro para hojear al tuntún, se intuye desde sus “palabras previas”, remachadas con un epílogo excepcional y un recomendable glosario de urgencia. Pienso en *Moby Dick*, el capitán Ahab y el arponero Queequog. La transoceánica monografía de Carrero se atreve con un asunto de calado tan abisal como el catedralicio, haciéndolo con la valentía de un nadador en aguas abiertas y la solvencia de un arriesgado profundista de apnea. Me vienen a la memoria las notas del *Arponera* esclarecida, que nos ponía los pelos de punta pescando sentimientos habitados e imaginando el perfume del ámbar gris del cachalote.

*José Luis Hernando Garrido*  
UNED. Centro Asociado de Zamora